

**EL TEMA**

**Juventud Global: Identidades y  
escenarios de actuación en clave  
cosmopolita**

## EL TEMA

La crisis sufrida por la sociedad española, enmarcada en la situación económica vivida en Estados Unidos y Europa desde 2008, trajo como consecuencia una mirada de interés de los y las jóvenes hacia los espacios de internacionalización con la vista puesta en la búsqueda de nuevas oportunidades laborales. Pero más allá de esta referencia puntual, se ha venido perfilando desde hace tiempo una creciente, amplia y consistente tendencia hacia una mayor vinculación con el medio exterior. Desde una perspectiva puramente española podríamos hablar de una generación que se desenvuelve en ese espacio con más seguridad que las precedentes, gracias, entre otras cosas, a un mejor bagaje educativo –aunque todavía con insuficiencias como la del dominio de otros idiomas– con una formación técnica y humanística más extensa, que expresa una inquietud creciente sobre temas y contenidos del mundo contemporáneo; unido a la transmisión de una imagen de la sociedad española –todo lo imperfecta y necesitada de cambios que se quiera– pero “sin complejos” en los contextos exteriores –en buena medida gracias al sistema democrático y a las aportaciones de la creación cultural– rompiendo viejas imágenes y estereotipos.

Ese grado de interés se vehicula a través de nuevas identidades juveniles en clave global, vinculadas al uso de las tecnologías y de las redes, en las que se busca un no siempre fácil anclaje entre lo más cercano y lo más cosmopolita, rompiendo barreras que en otro tiempo parecían antagónicas. En esta monografía se intenta analizar desde perspectivas muy plurales y diversas dicha vocación exterior, a partir del debate sobre las nuevas identidades, destacando el papel esencial de la educación en dicha tendencia; al mismo tiempo que se recogen distintas experiencias en campos que van del aprendizaje a la cooperación solidaria, y que expresan, de alguna manera, buena parte de las inquietudes jóvenes con respecto a su papel en un “aquí y ahora” que ha dejado de ser exclusivamente local, y que gracias a los medios y a las TIC potencia miradas críticas sobre los grandes temas de la Humanidad en su conjunto, expresando inquietudes en favor de una mayor igualdad de oportunidades sociales y económicas, de pleno ejercicio de las libertades y de calidad de vida, así como de solidaridad y de exigencia de máximo respeto a los derechos humanos en cualquier lugar del planeta.

Todo ello, poniendo de relieve la preocupación de las últimas generaciones por multitud de temas que deben ser contemplados a escala planetaria, en un mundo cada vez más interdependiente, donde deberán ser protagonistas y beligerantes agentes- en las actuaciones a favor de la paz, la igualdad, la libertad y los derechos humanos.

En la época contemporánea, la relación entre las distintas élites generacionales españolas y el mundo exterior, desde los inicios del XX, estuvo dominada antes que por las ideas o las ideologías, por las peculiares circunstancias de la Historia española desde los tiempos de la Restauración. Sus vínculos con ese universo fueron complejos, en una gama que discurrió del rechazo o la desconfianza a la aceptación plena y a la contemplación de elementos de modernización en el entronque con esas corrientes e instituciones en clave de mundialidad; una pugna entre elementos de identidad basados en un “casticismo” frente a los expresados en clave de “cosmopolitismo”. Si el 98 se caracterizó por un retorno centralizador y el 14 se atrevió a asomarse al exterior, lo que contempló -el desolador panorama europeo de la Gran Guerra- parecía tan poco estimulante que se quedó en una tierra de nadie. Hay que esperar a la del 27 para encontrar a un grupo de referencia artística e ideológica de vocación cosmopolita, precipitada en varios casos por las consecuencias del propio desenlace de la guerra civil. Aún así, esa “generación cultural”, que por primera vez “viajaba”, había adquirido esa vocación gracias a su pertenencia, en general, a una élite social y económica.

Es necesario contextualizar ese pulso cosmopolita en función no ya de los estilos de vida sino de los niveles de consumo de la sociedad española. Hasta finales del siglo pasado, el viaje o el desplazamiento fuera de los espacios más cercanos o de las fronteras constituían acciones que no estaban al alcance de todos. Sólo en las últimas décadas de ese siglo, hasta el presente -incluso en los peores momentos de la reciente crisis económica- se han (casi) popularizado los desplazamientos. Antes de esta etapa, el carácter de la conexión cosmopolita aparecía vinculado a factores variables, como la identidad urbana -muy propia de una clase media- pero especialmente a la disponibilidad de recursos económicos.

Bajo el discurso de la inmediata posguerra, sobre todo el posterior a 1945, cuando el antiguo Régimen dictatorial se encontraba aislado, y perdidos sus antiguos signos de referencia como consecuencia de la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial, se generó un sentimiento de impotencia y de retórica soberbia, de aparente distancia con las realidades que se estaban generando en ese momento dentro del mundo occidental. Europa se contemplaba únicamente en una clave puramente historicista, desligada de la profunda evolución en el pensamiento que se estaba generando en el mundo de la posguerra europea y mundial a partir de 1945, del que sería expresión ese “de Europa no se puede esperar nunca nada bueno”, atribuido a su fundador, dentro de una advertencia en clave discursiva semejante a la de “peligro de asomarse al exterior”. Aun a pesar de ese aislamiento, la comunicación y circulación cultural Europa-España siguió existiendo entre las élites, pero bajo un factor vinculado más a la posesión económica que a la ideológica. El concepto “cosmopolita” de la época estaba confinado al terreno de los grupos cerrados, como ya lo estuvo durante el periodo de entreguerras, principalmente en la década de los 20. Uno de los hechos menos conocidos de la dictadura ha sido el (relativo) grado de permisibilidad en la que se movían unas minorías con disponibilidad económica, especialmente en contenidos relacionados con los estilos de vida y los usos culturales, notoriamente distanciadas de los

discursos oficiales fuertemente represivos, a las que apenas se molestaba en su privacidad. Esos grupos muy reducidos importaron en sus círculos modelos propios de otras élites occidentales en sociedades algo más abiertas que la española de aquella época. A pesar de ese hecho, el Régimen construyó un mensaje superficialmente nacionalista en el que “el mundo” venía a ser una realidad -generalmente hostil- a la que nunca se iba a llegar a comprender, pero a la que en última instancia se necesitaba aunque no se quiera confesar.

La salida de inmigrantes a Europa, en plena ebullición de datos de crecimiento económico en el antiguo Mercado Común durante los primeros años 60, tras el cambio más radical en la política española de finales de la década anterior al Plan de Estabilización, generó una nueva vía de destinos europeos bajo características diferenciadas de las tendencias migratorias hacia América o el norte de África de finales del XIX y principios del XX. Esa tendencia contribuyó a generar episodios de cercanía o de mimesis social con usos, estilos o instituciones plenamente instauradas en Europa, que en España, por razones políticas, seguían siendo extemporáneas.

Contrastar las salidas de emigrantes españoles hacia Europa desde finales de los 50 hasta la crisis de la energía, con el perfil del itinerario actual de jóvenes que no han encontrado trabajo en España como secuela de la crisis a partir de 2008, es un ejercicio de comparación poco útil, al tratarse de realidades que admiten escasos términos de comparación. Tanto por las diferencias entre las sociedades de origen y las de procedencia, como del radical abismo entre los niveles educativos y de formación, y los estilos de vida de esas dos épocas. La España de los últimos 50 y la de los 60, a pesar de los cambios que se empezaban a producir en el tejido social, era una sociedad acomplejada con respecto al exterior, que marcaba constantemente una diferencia con sus vecinos europeos, y se percibía bajo un perfil mezcla de “rareza” o “exotismo”, a medio camino de una trayectoria que circulaba del abandono de la sociedad rural y arcaica al mundo de las élites urbanas que trataban de potenciar con enorme dificultad unos niveles de homogeneidad con las del resto de Europa Occidental. A su vez esas variaciones sobre el monolítico discurso oficial se empezaron a marcar de manera muy tardía, casi al final de los 60. Las recientes interpretaciones sobre ese contexto tan distinto al actual, ya sea a través de series para la pequeña pantalla o en publicaciones, se dejan atrapar con demasiada frecuencia por una perspectiva en la que no está ausente una superficial nostalgia. Pero lo cierto es que se trata de sociedades marcadas por las diferencias entre sus valores y estilos de vida con los de las décadas posteriores. Se pueden citar ejemplos: la posesión de un pasaporte para poder salir al extranjero estaba condicionado al visto bueno ministerial; un hecho que hoy nos parecería en clave de dictadura paleolítica. De la misma manera que no se pueden explicar las variaciones en las formas y estilos que adoptarán los jóvenes españoles a finales de aquella época sin tener en cuenta la influencia de un hecho aparentemente tan “irrelevante” como la implantación de la “semana inglesa” reemplazando la tarde del jueves por el sábado completo como día libre, que tuvo lugar por aquellas fechas.

La diferencia más constatable se deriva de su realidad socio-política. Desde la mitad de los años 70, con el triunfo de un modelo constitucional, pero especialmente en los 80 cuando se logró la plena integración en las instituciones europeas, se pudo destacar la pertenencia a una identidad europea, sin complejos; con todos los matices críticos que se quieran destacar sobre “lo que es” y “lo que debería ser” Europa, pero firme en la defensa de un modelo democrático avanzado sin fisuras. Incluso en los momentos recientes más críticos de rechazo a algunas decisiones europeas, la aceptación respecto al modelo sigue siendo mayoritaria entre los y las jóvenes. La participación de jóvenes españoles en programas educativos europeos es una realidad que ha contribuido a generar espacios de trabajo comunes y de relación con los entornos culturales que nos son más próximos. Pero tampoco hay que dejar de valorar esa actuación dentro de los programas educativos extracomunitarios.

Frente a la escasa capacidad para conocer otros países y realidades en las generaciones de más edad, o en las mujeres –a pesar de la divulgación de los viajes y los transportes- las presentes generaciones tienen una actitud muy favorable a los desplazamientos y mayor capacidad para conocer “in situ” otras realidades. No se puede ocultar, sin embargo, que uno de los efectos de la crisis económica ha sido el de impulsar la salida hacia el exterior de jóvenes en busca de mejores oportunidades; aunque en condiciones socio-educativas y de formación, diferentes a la de las migraciones “históricas” de la segunda mitad del pasado siglo. Según datos del Instituto Nacional de Estadística, en 2014 había aumentado la población española residente en el extranjero en un 6,1% respecto al ejercicio precedente, con Argentina, Cuba, Estados Unidos, Reino Unido y Ecuador como principales destinos; porcentaje que merece un desglose y un análisis matizado, en el que se pueden mezclar las salidas en clave de búsqueda de mejores opciones profesionales, con aquellas vinculadas a los retornos a las sociedades de origen de antiguos inmigrantes.

La distinción entre “emigración”, “salida” y “movilidad” nos aporta varias claves. Según datos del INE correspondientes a 2014, la movilidad residencial está vinculada a dos factores: edad y relación laboral. En el grupo de ocupados entre 16 y 30 años el tiempo de residencia en un mismo municipio es de “menos de un año” (4%), “de uno a 3 años” (11,1%) y “de 3 a 5 años” (9,2%), mientras que el 75,3 % llevan más de cinco años residiendo en la misma localidad. La movilidad geográfica es superior entre asalariados con contrato temporal que entre quienes disponen de un contrato indefinido. En tanto la movilidad de los desempleados ha disminuido constantemente en el periodo 2010-13. En 2014 fue igual que la del año precedente (4,1%). La movilidad geográfica entre ocupados se incrementó respecto a 2013. El 2,5% de los ocupados del primer trimestre de 2014 cambió de municipio de residencia desde su nacimiento. La movilidad más elevada se produce dentro de la misma provincia.

Los datos del INE difuminan ciertos estereotipos: un 32,8% de los desempleados no ha cambiado su lugar de residencia desde su nacimiento. España, por lo tanto, no se caracteriza por una gran movilidad geográfica, a pesar del enorme impacto social de la crisis. La movilidad es mayor entre los más jóvenes y los que han llegado procedentes de la inmigración. La edad y la nacionalidad de origen son las variables que más influyen en la movilidad, tanto de ocupados como de desempleados.

En otro aspecto, relacionado con la “salida” y el “tránsito” de los españoles, incluso en los años más duros de la crisis, la capacidad de desplazamientos hacia el exterior se mantuvo a niveles previos al deterioro de las condiciones económicas. Según datos del IET correspondientes al movimiento turístico de residentes en España, en 2011 se incrementó el número de viajes al extranjero por parte de españoles en un 6,1% aunque los desembolsos descendieron en un 1% (Banco de España, balanza de pagos) focalizando Europa ocho de cada diez viajes con un crecimiento interanual del 9,6%, y con Francia, Portugal, Italia y Reino Unido como primeros destinos. Además, los desplazamientos se centraron en dos grupos de población: “activos ocupados” y “estudiantes”. Los rigores de la crisis sobre muchas familias durante los años más duros de la recesión no representaron un corte radical en las visitas de los españoles a los entornos exteriores más cercanos, aunque evidentemente supusieran una limitación al disponer los hogares de menor renta.

Se desarrolla una clara tendencia hacia un cosmopolitismo entre los y las jóvenes, que implica no solo una mayor predisposición a los desplazamientos, sino de manera implícita hacia un nuevo entendimiento de la diversidad, vinculado en bastantes casos a genéricos ideales de paz, libertad y tolerancia. Esa referencia está presente en el enmarque temático y cultural bajo el que se desenvuelven la mayoría de jóvenes. Una generación con otras formas de identidad en las que se combinan los elementos locales con aquellos generados a escala planetaria. Aparece además el factor más importante entre los nacidos digitales: la facilidad de uso y de acceso a las TIC, tanto desde el punto de vista de los contenidos en clave informativa como en los relacionados con el

desplazamiento por las redes sociales, aspecto que viene a definir escalas de valor totalmente nuevas, y especialmente unas identidades que implican la conjugación de factores muy diversos.

Todo ello, además hay que vincularlo, en el caso de la juventud española, con el cambio producido a partir de 2000 y la llegada de poblaciones muy representativas provenientes de la inmigración, aportando un elemento “mestizo” de gran visibilidad, tanto en el medio educativo como en los espacios de ocio. Esa diferencia es notoria con respecto a las generaciones precedentes que no estaban familiarizadas con esos modelos de convivencia apoyados en el “mestizaje” y en los valores referenciales de “interculturalidad”; pese a que el proceso de inserción no siempre ha sido fácil ni se realizara bajo una partitura previa. Además, en el modelo español el fenómeno se ha producido de manera mucho más rápida que en otras sociedades europeas con una larga tradición como país de acogida a inmigrantes, y con resultados que pese a la rapidez del proceso no han mostrado los efectos de otros países en los que bajo modelos diferenciados –de la segregación a la búsqueda de integración, de la multiculturalidad a la generación de nuevas formas comunes de expresión y de convivencia- siguen sin ser resueltos muchos de los problemas de relación entre culturas de orígenes distintos.

A pesar de ello, la tasa de jóvenes inmigrantes entre 15 y 35 años en España con bajo nivel educativo que no están ni en el mundo educativo ni en el mercado laboral se acerca al 26%, porcentaje más elevado que el de la media de la OCDE, que es de un 8%. Tanto nuestro país como Italia se encuentran a la cabeza de los estados de la zona con un mayor porcentaje de inmigrantes de escasa formación, según informe OCDE-CE (Bruselas, julio 2015). A pesar de este factor, la posición mayoritaria en la sociedad española es la que considera la inmigración en clave positiva “tanto para el desarrollo económico como para el cultural”, con mucho menor peso de las actitudes en clave negativa o discriminatoria.

En este número se trata de mostrar un abanico de propuestas y contenidos vinculados a la perspectiva de mundialización o de globalidad en la que se mueven los y las jóvenes españoles. Desde un planteamiento teórico se analizan las nuevas formas de identidad en las que parecen combinarse conceptos que hasta ahora parecían antitéticos, pero que gracias a los “mass-media” y a las TIC proponen nuevos espacios que representan el pórtico a concepciones en clave de cosmopolitismo. Esas perspectivas teóricas se complementan con otra visión más personal, y desde un ámbito como el de los contenidos culturales. No en vano este sector aporta, especialmente desde los jóvenes, uno de los valores añadidos de más peso a una imagen-país, implícita en la presencia de lo que España representa fuera de sus fronteras.

La base para ese proceso de inserción en las esferas mundiales y en el acceso a los centros donde se generan las decisiones o se crean y potencia las culturas que más influyen en los discursos a nivel universal, es la educación. Una buena parte de los contenidos del monográfico se dedican a este aspecto decisivo. Hasta ahora, una de las mayores limitaciones de los y las españolas en sus salidas al exterior lo ha constituido su insuficiente dominio de los idiomas; una fase en la que se vienen quemando etapas pero con mucha tarea por delante. Conoceremos la presencia de jóvenes españoles en los programas educativos comunitarios y extracomunitarios, con Erasmus, en sus distintas variantes, como emblema; cuya aportación para un mejor conocimiento de las realidades europeas no puede ser olvidado. Así como la experiencia educativa desde los institutos bilingües.

Las referencias al campo educativo han de ser vehiculadas a los espacios laborales, con nuevos modelos de actividad en los que la tecnología ocupa un papel muy importante, y a procesos de internacionalización, en los que el universo en su conjunto es el objetivo, más allá de los mercados locales. Esos aspectos son analizados desde el punto de vista de un centro de tecnología y diseño, y desde la motivación para el aprendizaje creativo y la innovación con la mirada puesta en el exterior.

El último de los apartados de este volumen se centra en distintas experiencias vinculadas tanto a lo teórico como a lo real, con especial énfasis en elementos relacionados con la solidaridad, la defensa y protección del medio ambiente y del patrimonio, la diversidad cultural, y la toma de responsabilidad de las últimas generaciones sobre contenidos, posiciones y puntos de vista a escala planetaria. En esta parte se hace balance de experiencias como la del parlamento de los niños y las niñas, promovido por UNICEF con objeto de habituar a los que pronto serán jóvenes a posicionarse en actitud analítica y crítica sobre los grandes temas que afectan a la ciudadanía en su conjunto, como un elemento de aprendizaje democrático; y la experiencia de una simulación en torno al G-20 con participación tanto de jóvenes españoles como de otros estados. A la vez, el análisis sobre una trayectoria consolidada en el tiempo de “Ruta Quetzal” como espacio de convivencia e intercambio cultural y aprendizaje en la que participan jóvenes españoles junto a europeos y latinoamericanos.

Por último, se ha buscado una experiencia novedosa en un tema tan afín a los y las jóvenes como es la cooperación y la solidaridad con otros pueblos. Más allá de otras áreas de actuación permanente vinculadas a la sanidad, la educación, o la nutrición o la generación de unas condiciones para la creación de unas estructuras que contribuyan a favorecer contenidos de libertad y de igualdad, incluso en sociedades muy castigadas donde las condiciones sociales no son nada óptimas, la participación de bomberos españoles en tareas muy diversas que van de la actuación puntual ante catástrofes a la formación, o a la generación de mecanismos de abastecimiento a poblaciones en riesgo, permite conocer nuevas perspectivas de ejercicio de la solidaridad, con actuaciones en sociedades en vías de desarrollo, quizás muy diferentes en cuanto a renta de las del llamado “primer mundo”, pero con muchos puntos de interés y valores compartidos, especialmente entre jóvenes. Hemos querido recoger esta experiencia fuera de otros campos más conocidos de la cooperación española como símbolo de contenidos con menor nivel de divulgación y comunicación pública dentro de un terreno con experiencias cada vez más singulares. Muchas de esas experiencias no son suficientemente conocidas desde España. Como un programa de formación en fútbol desarrollado en la República de El Salvador por el consultor/asesor español José Vallejo, donde como en otros estados de Centroamérica, las “maras” o bandas juveniles generan formas de difícil encaje en una sociedad democrática, impulsado por la AECE y el CSD en 2011, con un objetivo deportivo vehicular, con la intención última de prevenir o generar estrategias contra la violencia y la delincuencia, y la búsqueda de nuevas redes de socialización entre adolescentes y jóvenes a través del fútbol; que junto a los contenidos culturales adquiere una gran visibilidad y contribuye a la identificación de una marca-país. Buena parte de estos novedosos contenidos en la cooperación ejercen un singular atractivo para los y las jóvenes por sus características dinámicas y renovadoras.